

Esther

Por José DE LA COLINA

Dibujos de Lilia CARRILLO

Conocí a Esther una de aquellas tardes sabatinas en que, después de comer, me iba andando hasta el Bosque de Chapultepec, muy cercano a mi casa, y paseaba un buen rato bajo los árboles, antes de ir al concierto de la Casa del Lago. En esa tarde había llovido, el aire estaba gris y húmedo, aún me caían sobre el cabello y sobre los hombros algunas gotas y mis zapatos se llenaban de barro y restos de hojas secas. Cuando entré en la Casa del Lago, había ya algunas personas sentadas, mirando los programas y hablando en voz baja. Me entretuve en el salón de entrada fumando y viendo carteles, hasta que vi el peligro de quedarme sin lugar, y entonces entré y me senté junto a una de las ventanas. Leí las notas sobre los *lieder* de Schubert que iban a interpretar un pianista y una cantante de la nueva generación y luego miré distraídamente a la sala. Fue entonces cuando descubrí a Esther. No quiero decir que la vi por primera vez, pues de hecho ya otras veces la había visto; había algo de conocido en su rostro, así como en el de su madre, sentada junto a ella; pero si otras veces aquellos dos rostros no habían merecido para mí más atención que los demás, esta vez algún detalle que ahora no puedo precisar —cualquier nadería, un gesto insólito de Esther, algún curioso cambio de peinado, quizá nada más el relampagueo súbito de los lentes de su madre— me hizo fijarme en la pareja. Esther debía tener entre treinta y treinta y cinco años, era de estatura poco menos que mediana, muy morena, de rostro fino, mezclado de rasgos indígenas y europeos, con una mirada inquieta, pero que a veces se posaba abstraídamente en algo y luego se desprendía como alarmada, los ojos negros siempre móviles y de repente fijos de un modo incisivo en las cosas. La madre estaba sentada muy derecha, para ver por encima de la cabeza de la persona de adelante, de modo que tenía el rostro muy alzado, un rostro más indígena que el de la hija, chato y de altos pómulos, con unos lentes de aro metálico que hacían que su rostro se viera aún más plano, compacto y sin expresión, rodeado de cabellos

grises. Notaría en adelante que casi nunca hablaban entre ellas y que su relación era algo que tenía que ver sólo con el hecho ineluctable de que eran madre e hija. Durante la primera parte del concierto las observé, vi a la madre sacar un pequeño abanico de nácar y papel negro y luchar con él contra el sofoco de la sala, y a Esther abanicarse también con uno de los programas del concierto, como hacíamos casi todos, y hubo una vez en que aquella mirada inquieta se detuvo en mí y quedó por un momento fija en mis ojos, sin intención alguna, sino con una especie de concentración inútil, como si la mirada debiera concederse una pausa, un reposo, y escogiera cualquier punto para ello, pero a la vez como si ese reposo fuera imposible porque la inquietud que antes tuviera la mirada se había convertido en aquella concentración tensa. Pienso ahora que si esa mirada al azar, que pudo escogermi a mí o a otro, incluso a un simple objeto, no se hubiera cruzado con la mía, esta historia que voy a contar no hubiera sucedido nunca.

Durante el intermedio, salí a fumar y tomar el aire en la pequeña terraza que da al lago, comenté con alguien, superficial conocido de aquellos conciertos, las obras que acabábamos de oír, y advertí, en un extremo de la balaustrada de piedra, a las dos mujeres, que estaban mirando hacia el lago silenciosamente. La madre había posado el abanico en la balaustrada para prender un cigarrillo, estaba de perfil, semicultando el rostro de la hija, que se veía frontalmente, y volví a percibir aquel silencio que las dos compartían como un hecho ajeno a sus voluntades pero bien concreto y aceptado. Cuando hubo signos de que iba a iniciarse la segunda parte del concierto, advertí que madre e hija volvían a la sala olvidando en la balaustrada el abanico; me acerqué, lo tomé y lo guardé en un bolsillo, con el propósito de devolverlo al terminar el programa. Sin embargo, al concluir el último *lieder*, cuando todos nos levantamos de los asientos, aplaudiendo aún, aquel conocido con el que había estado hablando en el intermedio me tomó del brazo, hablándome con tal



animación que me impedía intercalar una excusa para dejarlo, y entre el movimiento de personas que salían o se demoraban hablando en la sala, me fue imposible ver a la madre y la hija. Al salir el conocido y yo, y mientras bajábamos la escalera, las vi caminar, cerca ya de la salida, y consideré ridículo el acto de correr hacia ellas —que subían ya a un pequeño automóvil— para entregar la prenda olvidada. Vi partir el vehículo, conducido por la hija, y decidí dejar la devolución para el sábado siguiente.

El nuevo encuentro, si a lo que he contado puedo llamar un encuentro, si basta una mirada, que me encontró a mí sin ir dirigida a mí, para hablar de un encuentro; el primer encuentro, mejor dicho, sucedió en el concierto del sábado siguiente. Llegué un poco antes que otras veces, con el abanico en el bolsillo, y me senté desde el principio en la sala, sin fumar, esperando la llegada de las dos y viendo entrar y sentarse al público. Llegaron y se sentaron en las sillas del otro lado del estrecho pasillo. Me levanté y me acerqué con el abanico en la mano, y al verme de pie la mirada de la hija se alzó hacia mí, me rozó, rozó la de su madre. Tras los gruesos cristales, la madre escrutó mi rostro y luego miró, sin sorpresa alguna, el abanico. “Perdone —dije, y me senté al lado de la madre—, el otro día encontré esto allá fuera, y creo que es suyo.” La madre dijo “En efecto, joven”, y sólo cuando alargué francamente el abanico ella levantó una mano para tomarlo. Hubo un momento de silencio, en que la mirada de Esther se quedó prendida en el abanico, y luego, como por obligación, la madre me preguntó dónde lo había encontrado. Cuando se lo dije, movió afirmativamente la cabeza, dijo que era un poco olvidadiza y dio las gracias, y luego se volvió para ver a los músicos del cuarteto de cuerdas, que subían al estrado. Me quedé junto a ellas, sonriendo tontamente, pensando qué palabras podría colocar en aquella pausa, pero advertí que la madre había dado el asunto por terminado, y que reentablar una posibilidad de conversación era difícil. Esther me había sonreído también, y luego había imitado el gesto de atención de su madre, aunque si la mirada de ésta se quedaba en algún detalle de la instalación de los músicos, mientras sonaban y se apagaban los discretos aplausos de recibimiento, los ojos de Esther se movían de un detalle a otro, se fijaban un momento, volvían a moverse.

Cuando terminó la primera parte del programa me animé a preguntarles (a ninguna en particular, en realidad a las dos) si llevaban mucho tiempo de asistir a aquellos conciertos, pero miré un momento a la hija, y ella entendió la invitación a hablar, y me contestó lo que yo sabía vagamente, que venían casi desde que los conciertos se iniciaron, y también a los recitales o a las representaciones dramáticas. Su voz tenía la misma inquietud que su mirada, era lenta en algunas palabras, en algunas frases, y luego muy rápida y entrecortada, y esta lentitud y rapidez se alternaban arrítmicamente. La conversación entre Esther y yo continuó en la balaustrada, mientras la madre asistía a ella intercalando sólo brevísimas frases, casi monosílabos. Finalizado el concierto, las acompañé al automóvil, hablando de mí mismo sin saber por qué, quizá porque Esther no hablaba de ella misma. Me invitaron a dejarme en algún sitio donde pudiera tomar un taxi y acepté, aunque preví el silencio que iba a producirse dentro del pequeño auto. Me dejaron frente a la Diana, me despedí de ellas y eché andar, en el anochecer, por el Paseo de la Reforma. Tenía que corregir las pruebas de mis alumnos de geografía física —doy clases en el Politécnico—, pero me desalentaba el hecho de entrar en la casa, encontrar allí a la familia Hernández, en torno a la mesa, y tener probablemente que entablar una pequeña conversación a la que me obligaba mi condición de mitad huésped mitad amigo de la familia. Me pregunté, ante un *capuchino* en el pequeño café que frecuentaba, cuál era el motivo de aquello que había querido iniciar, algo que no podía llamarse realmente una aventura, pero que tenía ese sabor de incierto. Esther debía ser tres o cuatro años mayor que yo, entonces tenía treinta y uno; no la encontraba muy atractiva físicamente, y de hecho no podía decir que me estuviera enamorando de ella; aunque, tal vez, no sé, aquellas súbitas, intensas inmovilidades de su mirada... Quizá había descubierto algo en aquella mirada, algo más que el reflejo inmediatamente discernible de un deseo aprisionado, reprimido siempre, que trataba de ocultarse pero siempre se delataba; algo más: ¿un impulso de entrega que siempre había sido contrariado y que involuntaria y fugazmente se delataba en aquella absorción de la mirada en las cosas? Salí del café, caminé un rato y entré a un cine.

En los sucesivos conciertos me senté al lado de Esther y de la madre y hablé con ellas. Veía que poco a poco la madre me iba aceptando, y que las miradas de Esther se detenían en mí más asiduamente. Poco a poco, también, fui sabiendo de

ellas: el padre de Esther un viejo piloto de una de las primeras compañías de transporte aéreo, muerto de un ataque al corazón; la pensión que les dejó, junto a la pequeña casa en que vivían; el empleo de Esther en una oficina gubernamental; un viaje de madre e hija a Europa. Era Esther quien me iba contando la historia, mientras la madre miraba la calle a través de la vidriera del café del Paseo —el mismo al que yo iba siempre— y llenaba el mantel de minúsculos restos de pastel de hojaldre. Luego nos despedíamos hasta el siguiente sábado. Durante dos o tres meses aquellos fueron mis únicos contactos con Esther, y yo mismo me asombraba del tipo de relaciones que había entre nosotros, los cambios de miradas sobre las tazas de café, la sumisión con que se mano parecía entregarse a la mía en la despedida y el brusco gesto de retirarla al final del apretón. Descubrí que parte de lo que me inclinaba hacia Esther, y que no sé si llamar encanto, era el hecho de que muchas tardes era distinta, que siempre había en ella un cambio que la hacía otra; que su aspecto, cuando llegaba a la Casa del Lago, me resultaba insólito, y esto se debía a su manera de peinarse o de vestirse, no estrafalaria pero sí imprevisible. Si a veces llegaba vestida con una modesta elegancia y cuidadosamente peinada, de modo que yo podía imaginar el tiempo que había estado en el salón de belleza (¿pensando en qué, mientras se sometía a esa quietud forzosa?) o arreglándose ante el espejo; otras, aparecía con cierto atuendo despreocupado, no desaliñado precisamente, que llamaré informal: unos *slacks* blancos, una blusa roja y un viejo abrigo, por ejemplo, y un simple pañuelo en la cabeza, atado bajo la barbilla y dejando salir sobre la frente algunos mechones; o bien una rara combinación de prendas que no conjugaban, por la forma y el color, pero que no llegaba a ser absurda o desagradable.

Un día, a la una o dos de la tarde, fui a buscarla a la oficina donde trabajaba, en el centro de la ciudad, y la invité a comer. Me dijo que no podía, porque su madre la esperaba en casa, pero aceptó ir a tomar un aperitivo. Fuimos en su coche hasta un pequeño bar próximo. Mientras ella hablaba, con risas repentinas o súbitos silencios, de su trabajo —era secretaria de uno de los jefes— y de sus relaciones con sus compañeros, sentí que realmente estaba siendo importante para mí. Entonces le dije que los conciertos sabatinos de la Casa del Lago iban a terminar, porque estábamos en finales del año, y que deseaba que nos viéramos más a menudo. Ella dijo que sí en voz baja, y con los dedos recorría el borde de su copa, y noté otra vez aquella concentración de la mirada sobre la copa y su propia mano.

Así pues comenzó nuestra relación, aquella difícil y soterrada relación que principalmente estuvo hecha de miradas y silencios, casi de gestos furtivos, porque la mayoría de nuestras citas estuvo presidida por la figura de la madre, por el rostro chato, vagamente mongólico, de lentes redondos y ojos empuñados, siempre o casi siempre sentada a nuestro lado o enfrente, con un aire de fingida ausencia, sonriendo a veces para participar de algún modo en nuestra conversación, preguntándome —por pura cortesía, supongo— alguna cosa mientras veíamos una película, dejándonos solos por muy poco tiempo cuando yo iba a su casa. Las pocas veces que salió sola conmigo, en las tardes, tenía que volver siempre a horas ridículamente tempranas, y cuando volvíamos, la madre, que seguramente atisbaba la calle desde la ventana, salía a abrir la puerta, de modo que debíamos renunciar al beso de despedida. Una noche, cuando ya me marchaba, la madre me invitó a pasar, sirvió unas copas de moscatel y unas galletas y estuvo con nosotros en la sala. Me hizo muchas preguntas, dónde trabajaba, y de alguna manera se las arregló para saber mi edad, todo ello como quien no quiere la cosa, mientras en el tocadiscos sonaba un cuarteto de Beethoven. Al caminar por la calle, rumbo a mi casa (las dos vivían en la colonia Roma, en una casa particular llena de cortinas tenues, repisas y bibelots) pensé que me había preguntado todo aquello por algo más que por curiosidad o por deseo de informarse acerca del pretendiente de su hija —y descubrí sin sorpresa que yo era ya, en efecto, “el pretendiente de su hija”—, y que al decir yo que tenía treinta y un años ella había mirado hacia Esther, como corroborando silenciosamente algo de que ya se había hablado. Decidí entonces que aquella situación, tolerada mientras no asumí el papel de pretendiente de Esther, tenía que terminar, y que deberíamos hablar de ello.

Lo hice una tarde que habíamos salido al campo en el automóvil de ella y en la que regresábamos a la ciudad, bajo un cielo crepuscular, en el que había unas alargadas nubes rojizas y grises. Le pedí a Esther que apagara el radio y le dije todo, y ella me escuchó atentamente y me concedió razón. Guardamos silencio un largo rato, íbamos entrando en la ciudad, y de re-



pente ella se detuvo en una calle apartada y me besó. Dijo que hablaría con su madre, que no era fácil, porque ya anteriormente le había sucedido eso con otros pretendientes, y que había tenido que renunciar a ellos, o ellos habían terminado la relación, pero que esta vez no sería así, que estaba decidida a cambiar las cosas, a vivir la vida que quería vivir. Al besarla, en la semioscuridad del coche, sentí fríos sus labios. “¿Lo harás?”, le pregunté. “Sí —dijo ella—, pero dame tiempo... unos días.” “¿Tienes que pensarlo?” A pesar de que casi no nos veíamos los rostros, sentía los ojos de ella muy fijos en mí. “No, de ningún modo. Yo también lo había decidido ya... Pero no puedo decírselo así de golpe. Tú no la conoces, sería terrible para ella. Ya otras veces... Te juro que se lo diré. Créeme.” “Sí, le dije, ¿pero cuándo?” “En esta semana, te lo juro.” Volvimos a besarnos, antes de llegar a su casa, donde me despedí de las dos.

Pasaron varias semanas. Esther encontraba la manera de volver temprano a su casa, y a veces la madre estaba presente en nuestras citas, y me daba cuenta de que todo seguía igual, peor aún: que todo podría seguir así por meses, por años. Había llegado a odiar no sólo el rostro plano, de vieja esquimal,

con el peinado tan bien compuesto y con infinidad de orquillas negras sobre el cabello gris, y los redondos lentes con los ojillos lejanos detrás de ellos, sino además algo de Esther misma, aquella debilidad o, quién podía saberlo, aquel temor tal vez que la unía a la madre, y no podía soportar el espectáculo de la madre haciendo crujir los pastelillos, llenando el mantel de fragmentos de hojaldre. Esther, cuando estábamos solos, se disculpaba, decía que esperaríamos un poco más, hablaba de que “ella” —y ahora ninguno de los dos decía “tú” o “mi madre”, sino “ella”— no estaba en el mejor estado de ánimo, por una u otra razón, para escuchar lo que Esther debía decirle. “Pero tienes que decírselo de una vez por todas, ¿no entiendes? Yo... yo no quiero seguir así. No soy un muchachito al que ella le puede imponer una situación como ésta. Compréndelo. Pero es que tú tampoco estás para que te imponga una situación como ésta. Tienes que asumir tú la responsabilidad de tu vida. ¿No ves lo que está haciendo? ¿No ves que te está robando tu vida? Es como si fuera un vampiro, ¿me entiendes? Como si te estuviera chupando la vida, aferrada a ti.” Esther asentía silenciosamente, pero los días pasaban y todo marchaba igual.

Una noche, al volver en el automóvil a su casa, le pedí que se detuviera. La besé y la acaricié no sé cuánto tiempo, mucho rato. Había logrado poco a poco ablandar aquella rigidez que ella tenía en nuestros primeros besos, aquella expectación nerviosa que le hacía entrecerrar los labios en cada beso, y esta vez me daba la boca en un abandono casi total, y su cuerpo se amoldaba a mis caricias. Empezó a besarme, repetida y apresuradamente, falta de aliento, rozándose con su cabello, tomando mi rostro y apretándolo con las manos, y diciendo una y otra vez "qué debo hacer, dime qué debo hacer". Tomé el lugar frente al volante, eché en marcha el motor y dirigí el automóvil hacia las Lomas. No mostró ninguna timidez cuando entramos en el *courts*, y todo fue como si hubiéramos sabido desde hacía tiempo que íbamos a actuar así. Nuestro primer contacto de intimidad real e intenso, fue natural, aunque ella era virgen y era torpe.

Cuando Esther detuvo el coche ante su casa, eran ya la una y media de la noche. Miramos hacia la ventana de la madre y la luz estaba encendida. Los dos sabíamos ahora que Esther tenía que enfrentar a la madre. Esther me besó rápida, nerviosamente, y me dijo que iba a hablarle esa misma noche, y que la fuera a buscar al otro día a su trabajo, a la hora de comer.

Al día siguiente, a la hora convenida, fui en efecto a buscarla a la salida de su trabajo, pero ella no apareció. Pensé que en realidad no habría hablado con la madre y temía afrontarme, o quizá que estaba arrepentida o asustada de lo que había sucedido. De cualquier modo, me sentía vagamente ofendido, y por eso no fui a buscarla esa tarde, ni lo hice en los tres días siguientes. Luego pensé que quizá era injusto, que podía estar enferma, o que —y esto me alarmó de pronto— la madre hubiera hecho cualquier barbaridad (¿quién era la madre en realidad, qué había detrás del imperturbable rostro y de los redondos cristales?). Confieso que cuando la vi salir de su oficina sentí alivio, pero, inmediatamente después, una especie de ira contra ella.

Iba hacia donde dejaba el automóvil, estaba muy correctamente vestida, y cuando la abordé su sorpresa fue auténtica, y luego su mirada se hizo más inquieta que nunca. "¿Qué ocurre Esther? No lo entiendo." Ella buscaba nerviosamente la llave en su bolso, se le cayó algo que recogí, y cuando me alcé a devolvérselo, vi que estaba pálida bajo su tono moreno, y que tenía unas ojeras profundas. "Ven, vamos", le dije, y la llevé a un café cercano, discreto y poco frecuentado, donde nos sentamos, y pedí un café y Esther un refresco, y su mirada se concentró en la botella por un largo rato. Su mirada, la de antes, la de hacía muchos meses atrás: fija y olvidada de sí misma, asida a cualquier objeto sin razón aparente. Permanecí un rato en silencio, fumando, esperando que se tranquilizara, pero no sucedía así; parecía que iba a llorar, pero que no podía llorar, acaso porque eso había estado haciendo en aquellas noches, y entonces sentí compasión y sentí amor por ella. Le acaricié la mano. "¿Qué es, Esther? ¿Qué ha sucedido?" Negó con la cabeza, como cuando negamos algo que ha sucedido y que no queremos que sea verdad. Seguí acariciándole la mano y al cabo de unos minutos habló. Hablaba entrecortadamente, su mirada saltando de aquí para allá, quedándose en mis ojos, en mis manos, en mi taza. Me dijo que era un idiota, que eso que Esther estaba contando podía haberlo previsto también, y que en el fondo era lo más lógico, lo más fácil de prever.

Cuando Esther entró en la casa, "ella" estaba en la sala, en la oscuridad, aun cuando hubiera dejado la luz de su cuarto encendida, y Esther al principio no la había visto, sólo la vio cuando la voz de "ella" la detuvo en la escalera. La madre de pronto prendió la luz y se había quedado mirando a Esther desde sus ojillos encristalados, y luego Esther se adelantó hacia "ella", diciéndole "tengo que hablar contigo, mamá", y entonces "ella" la había abofeteado, llamándola puta. Esther se quedó inmóvil, ningún sentimiento había en ese momento hacia "ella", en realidad sólo la conciencia precisa de que, en efecto, había llegado el momento de hablar de nuestra relación y dejar todo en claro. Y habló. La madre la escuchó sentada, mirándola detrás de los redondeles de cristal, las mejillas temblándole, no supo Esther si de ira o de miedo de lo que estaba saliendo a luz, eso que tal vez "ella" había temido que saliera a luz algún día. Su egoísmo, su maternal extorsión, explicada pero no justificada por un amor mal entendido, un amor que era sólo —y esto no lo dijo Esther, pero "ella" lo supo, o lo entendió al menos— el miedo de no quedarse sola que la impulsaba a crear para la hija una soledad que sería para siempre. "Eso le dije", me dijo Esther. Luego "ella", la madre, había subido a su cuarto y cerrado la puerta. Esther a su vez fue a su cuarto, se desnudó y se puso la bata y estuvo dando vueltas

por la habitación. A las cuatro y pico de la mañana había oído que se abría la puerta de su madre, escuchó sus pasos en zapatillas, la puerta del baño que se abría, un ruido de cristales rompiéndose y Esther había salido de su cuarto y corrido al baño y encontrado a "ella" inclinada sobre el lavamanos, vomitando un líquido pardo. "Ella" estuvo a punto de morir: había tomado en un vaso de leche una dosis de gotas somníferas tan excesiva que sólo podía pensarse que lo había hecho adrede; el disgusto quizá la había obligado a vomitar todo. Quedamos callados. Luego le dije: "Es un chantaje." "Sí... no sé —dijo Esther—. Estoy aterrada." Empecé a hablar, tratando de ocultar mi indignación, dándole inútiles consejos, y pasó mucho tiempo antes de que me diera cuenta de que mi voz se había hecho aguda y que nos miraban de otra mesa y que estaba apretando fuertemente la mano de Esther en la mía. Cuando Esther habló me dijo que debíamos esperar un poco, que debíamos dejar de vernos algún tiempo, una semana tal vez, y que entonces ella habría decidido algo, mejor dicho, los dos sabríamos qué hacer. No supe qué decir. Le dije que sí.

Pasó la semana y pasaron tres días más, y luego, en la tarde, me habló (no había nada raro en su voz) y me dio cita en el café de costumbre. Antes de entrar vi su automóvil estacionado cerca, y creí ver allí el rostro de "ella", es decir de la madre. Empujé la puerta de cristal con las letras en negro orladas de oro, avancé por entre las sillas, las mesas, los espejos del pequeño salón pretenciosamente viejis, y vi a Esther sentada al fondo, ante la mesa de siempre. Tenía un abrigo negro, algo pasado de moda, con las solapas alzadas como si realmente hiciera frío, y estaba algo despeinada, y aunque yo sabía que afuera estaba el automóvil y que era una noche tibia, le encontré la apariencia de haber venido corriendo a mi encuentro en un día invernal, de viento. Así es como más la recuerdo, porque esa fue la última vez que la vi. Su mirada casi no se apartó de algún punto por encima de mi hombro cuando se llamó a sí misma cobarde y dijo que hasta cierto punto "ella" tenía razón porque había entre nosotros una diferencia de edad y que esa diferencia pesaba, y que sabía que no podría perdonarse nunca que su madre pudiera morir por su culpa, que no podía ser, que teníamos que esperar. Creo que fui irritándome a medida que la escuchaba, y creo que la causa de mi irritación era darme cuenta de que "ella", el rostro plano de redondos cristales, nos había vencido, había vencido mi amor, o más bien, que yo no había sabido inspirar suficiente amor en Esther como para hacerla luchar contra "ella". Creo que le dije a Esther palabras duras, contra "ella" y contra Esther misma, aunque pienso que en el fondo me las decía a mí mismo. No sé. Finalmente, cuando le planteé la disyuntiva, o la madre o yo, y la oí decir que me amaba pero que no se atrevía, que tenía miedo, me levanté y salí del café. Al pasar cerca del automóvil comprobé que en efecto, "ella" estaba allí. El mismo rostro chato, casi mongólico, inexpresivo, y los mismos cristales redondos, uno de ellos posiblemente quebrado.

Esa noche encontré, mientras caminaba por la ciudad —y caminé muchas horas, casi hasta el alba—, que todo lo que había sucedido, a partir de cierto momento, era estúpido. Al final de mi caminata me hallé en una lejana avenida desierta, ante un largo muro de ladrillos de una fábrica, sentado en una banca, cansado, olvidado casi de la historia, esperando un taxi. La ciudad, en las horas de frenético vagabundeo, se me había hecho extraña, como hecha de fragmentos de ciudades diversas, y poco a poco la había encontrado como dotada de una secreta malignidad, como si en la inarmonía de ciertas fachadas, en la absurda colocación de un detalle, en el simple reflejo frío de la luna en una ventana, hubiera algo de demoníaco que nunca hasta entonces había advertido. Tal vez fue por la influencia de esa malignidad inesperadamente percibida, por mi estado de ánimo irritado, que recordé de pronto una de las frases de Esther, en la que no reparé mientras ella me hablaba. La palabra chantaje la había empleado siempre yo al referirme a la madre, pero Esther la soltó en aquella última conversación. La usé yo el primero, es verdad, pero Esther la había repetido, sólo que refiriéndose a otra clase de chantaje. ¿Cuál era la otra clase de chantaje que la madre estaba utilizando sobre Esther, esa Esther que muchas veces me resultaba distinta y de la que yo no conocía realmente todo? ¿Era ahora el chantaje otra cosa que un chantaje sentimental y tenía que ver con algo que "ella", la madre, sabía sobre Esther? ¿Estaba relacionado de alguna manera con las gotas excesivas de somnífero que había tomado la madre? ... Debo decir que esa noche estaba muy cansado y excitado.

No puedo recordar si llegué a casa a pie o en taxi. De cualquier modo, la historia estaba terminada, y no he vuelto a encontrarme con Esther.